

El lugar de los amigos

Angélica Gorodischer



Una tendría que sentarse a la computadora y ser capaz de desgranar frase tras frase, inteligentísimas todas, acerca de la vida y la obra de Denzil.

Pero a mí las frases inteligentísimas no me salen, no hay caso.

Siempre hay algo que se interpone entre esa persona, yo, sentada a la computadora, y la pantalla burlesca: ese algo es la maldita, la indeseable, la traidora, la perversa, la delatora, la perjura. Ese algo es la emoción llamada amistad. Ella es la que te obliga a salir a la palestra vistiendo armadura del siglo XVI lanza en ristre apenas alguien abre la boca para decir algo de tus amigas o de tus amigos, a cubrirte de gloria o de oprobio, no importa, pero a mostrar a todo el mundo que ese amigo está en el lugar que le corresponde y que cuidadito con intentar sacarlo de ahí.

Y no me preguntes cuál es ese lugar que le corresponde a un amigo porque todas sabemos en dónde queda. Cierto que es chiquitito, que está escondido y que suele quedar a media luz como en el tango; pero cierto también que es fácil llegar hasta allí; que cuando una lo mira ese lugar se transforma en un salón enorme y magnífico que reíte de Versalles; y que el sol y los fuegos artificiales entran cuando se les

da la gana para hacerlo más resplandeciente que las más espléndidas estrellas del señor Hawking y compañía.

Cómo va a poder una desgranar frases inteligentísimas si está empeñada en describir el camino hacia ese lugar tibio y blando que queda en la madera de la silla de Vincent y también en los puertos que soñó el Lorenés para no hablar de la balsa de Theodore ni de las piedras de Elsinore ni de tras la bermeja Aurora el Sol dorado~ o los jardines de cerezos o las princesas Locas, ni de nada que no sea un hueco a la altura del esternón pero un poco hacia la izquierda. Ahí donde destila la vida un instante y después otro y otro más todos teñidos de los siete colores del arco iris y de los millones de colores de los fuegos artificiales.

Para llegar hay que pasar por el paraíso. Ese paraíso del que Borges y Bachelard, los dos, tan lejos uno del otro y no sólo en la geografía, dijeron que era una suerte de biblioteca. Y ahí en la Puerta de Damasco se encuentra una con todos, con Alfredo y Pedro que ya no están, con Las Brujas, con el Tigre, con Dulcie y Rita y la Tati, con Roberto y con Mempo y con Hilda y con Graciela y con Esther y con Denzil Romero que fue una , un nombre, un libro y finalmente un amigo.

Me explico. Una vez, en un congreso o una feria del libro o algo así en Colombia, oí reír a alguien durante el desayuno, y fue una risa tan jugosa, tan succulenta, tan solar, que me di vuelta a mirar. No sabía quién era el que así se reía, pero me dijeron "Es Denzil Romero, el escritor venezolano. Casi me muero de la envidia: ¿cómo podía alguien reírse así, con una risa que llenaba el comedor del hotel y salía por las puertas y se desparrramaba por las calles?

No volví a oírlo reír ni volví a encontrármelo en esos vericuetos de los congresos que son más sabrosos que los congresos mismos, pero me quedó el nombre. Denzil Romero, quien será, cómo será, me pregunté más de una vez.

Estamos destinados a ser amigos. Las diosas de cbelleras llameantes que presiden las amistades entre las gentes, me alcanzaron un libro. Ahí estaba, en los estantes de una de mis librerías preferidas: *La Esposa del Dr. Thorne* publicado por La Sonrisa Vertical, nada menos.

Más que leerlo lo devoré a dentelladas y la risa me salió tal cual la de Denzil en esa mañana en Colombia. Después me fui a contarle a quien tuviera a mi alcance que por fin alguien había escrito un libro que valía la pena sobre Los Padres de la Patria y que fueran y lo leyeran pero que yo no prestaba mi ejemplar. Y más después me enteré de que muchos de esos señores y esas señoras siempre vestidos de colores lúgubres y encorse-tados en las tradiciones y los prejuicios, de ojitos chiquitos entornados para no ver la luz del mundo y mentecitas cuadradas donde cabe sólo la malicia, habían dicho que el libro era "irreverente".

De modo que lo puse como texto ineludible en mis clases de escritura y creo que hice feliz a muchas personas que querían escribir y que descubrieron a través de la señora esposa del doctor Thorne que con la narrativa se podía ser libre, dichoso y parecido a los dioses. Bueno, no fui yo, fue Denzil el que consiguió eso.

Y entonces vino el Mempo y organizó en Resistencia, ese lugar del universo que cantó Alfredo, los foros sobre el libro y La lectura y en el primero nomás las diosas de cabelleras llameantes me dijeron a los gritos porque muy discretas no son: Ché, mirá que Denzil Romero está invitado, ¿eh? Yo proferí una frase inteligentísima. Dije: ¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo? y me dediqué a buscarlo y le dije, no sé qué fue lo que le dije pero de ahí en adelante fuimos amigos y me enteré de Maritza y del jardín lleno de plantas maravillosas como las que hay allá arriba en el norte del sur, y recibí sus cuentos y sus humoradas y le mandé papeles de colores para su cumpleaños y me pongo contenta cada vez que abro el correo electrónico y encuentro sus reclamos: "¡Eh!

¿Cómo es que hace días que no recibo tus noticias? o un cuento o dos cuentos o un ars poética que da vueltas y gira y hace piruetas por entre las palabras y de la que una siempre aprende algo.

También me dio amigas. Un día le dije: «Necesito escritoras venezolanas, que no tengo ninguna por acá y ahí aparecieron Cristina y María Antonieta* y yo les es-

cribí como si las hubiera conocido de toda La vida y así era.

Es demasiado. Francamente, es demasiado. Una tiene otra experiencia, ésa que dice que la amistad se va construyendo lentamente, de a poquito, con los años paso a paso hasta tener un alto edificio hecho de piedra y recuerdos, de madera y confidencias, indestructible y brillante por todos lados. No sé qué ha pasado con Denzil, que de un minuto al otro salieron de la nada los muros y las torretas, las adarajas y las balaustradas, los ventanales, los tejados, los sotabancos, las terrazas, los basamentos, los saledizos, los tragaluces, las chimeneas, las ménsulas y los postigos del edificio que brilla a la luz del mediodía.

Supongo que es la redondez del mundo. Yo acá tan abajo, al final de este triángulo increíble, en medio de la pampa húmeda, al costado del padre del mar, en estos climas de relente y vaho; pero él allá bajo el sol invencible entre montañas y flores y frutas que no conozco en tardes que no puedo imaginar grises y mañanas que se cuelean como lagartijas por las jambas y los alféizares. Debe haber sido como un alud. Eso es: algo que se despeña incontenible desde el norte, que atraviesa la orografía como si fuera manteca y que llega hasta este litoral, pegoteado de cantos rodados, palabras, proyectos, preguntas, tierra colorada, el dulce canto de los trópicos, reclamos, respuestas, brotes, cielos, el reflejo de rojizas cabelleras, cuentos, chismes, susurros, risas. Risas como aquélla, La de la mañana de Colombia.

Rosario (Argentina) octubre 1997

* Se refiere a las escritoras venezolanas Cristina Policastro y María Antonieta Flores.